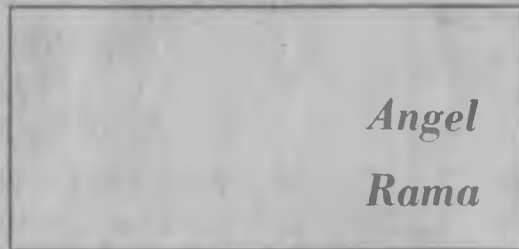


La Lucha de un Poeta-Sacerdote

INVITADO por el PEN Club de New York, el poeta y sacerdote nicaragüense Ernesto Cardenal ha iniciado una recorrida de recitales por las ciudades de Estados Unidos que piensa continuar en ciudades de México y Venezuela. No se trata en esta ocasión de las habituales lecturas poéticas en las universidades, sino que el viaje tiene un explícito contenido político. En una conferencia de prensa, al llegar a Estados Unidos, anunció que el presidente de Nicaragua, Somoza, proyecta visitar al presidente de Estados Unidos, comentando: "Sería una buena oportunidad para que Carter lo metiera en la cárcel, a fin de que devolviera el dinero de la ayuda norteamericana a los damnificados del terremoto, que él personalmente se embolsicó".

Haciendo caudal de la carta de Carter a Andrei Sakharov, instó a que se adoptara una conducta similar con las violaciones de los derechos humanos en tierras mucho más cercanas a Estados Unidos que las soviéticas, como son las de los países de América Latina, y en prueba de ello ha dado a conocer una declaración firmada por diez obispos católicos y por treinta y cinco misioneros norteamericanos en Nicaragua, denunciando las violaciones de Somoza a los derechos humanos, incluyendo torturas policiales y desaparición de familias enteras de disidentes.

A lo largo de Estados Unidos, Cardenal va presentándose en las iglesias, sobre todo las luteranas y evangelistas, procediendo a una lectura de poemas de distintas épocas y a un diálogo con los asistentes, acerca de sus ideas y de la situación en su patria. En la iglesia luterana de Stanford, en California, un pequeño exágono atiborrado de gente, tanto estudiantes universitarios como buenos vecinos de la parroquia, donde los improvisados conjuntos latinoamericanos de canción protesta amenizan el acto mientras se recogen fondos entre los asistentes, presencié su sencilla y cálida tarea proselitista. Con afabilidad, con bonhomía, da lectura a sus poemas, gozándolos él con candorosa alegría tanto como sus oyentes y, sin dementir esa definición que él da de sí (un cura de pue-



Angel
Rama

blo), contesta las preguntas más arduas mediante las respuestas más simples.

No siempre sus auditores están de acuerdo con su afirmación de que el comunismo propuesto por Carlos Marx es exactamente lo mismo que el "reino de Dios" anunciado por Jesucristo, ni de que la violencia revolucionaria sea actualmente la única vía para la lucha de los pueblos latinoamericanos, ni de que la revolución esté avanzando actualmente en el continente o de que en Panamá se asiste a un proceso revolucionario de transformación de la sociedad. El sonríe, entre la maraña de su barba whitmaniana y, con su voz cantarina, insiste: puede que en las democracias europeas y en Estados Unidos la evolución sea pacífica, pero no en América Latina donde se vive la violencia opresora, agregando que ahora piensa que Salvador Allende se equivocó en su posición y que quienes tenían razón eran los partidarios del MIR chileno que abogaban por la guerra, con lo cual modifica drásticamente la que fuera su posición en el viaje que hizo al Chile allendista en 1972.

Fuera de la cruz, que cuelga en el centro de la sala, el único elemento religioso de esta iglesia es un versículo de un salmo, que habla de quien "se encuentra a sí mismo en tiempo convulsionado". Pienso que se puede aplicar a Cardenal, mientras le oigo revisar su historia con ayuda de poemas de distintos periodos: su opción sacerdotal cuando era ya un hombre de cuarenta años, su opción política intensificada en la última década, esa mansa entrega a la simplici-

dad que parece la aplicación de un texto evangélico, su proyecto de vida en la comunidad campesina de Solentiname, su poesía misma que últimamente se ha afiliado a un sencillo "franciscanismo" como otros escritores populistas de la juventud presente, su fe de carbonero que ha unificado el reino de Dios y el de Marx, todo habla de ese encuentro consigo mismo que propicia la tormenta del mundo.

Dentro de ella va clamando, no por la paz como su antecesor y compatriota Darío, sino por la revolución armada y consigue que todas las disidencias cesen cuando habla de su patria y cuenta austeramente los horrores de una implacable represión, cuando explica la vida y sufrimientos de los campesinos, cuando muestra el desaprensivo uso del poder de los gobernantes, cuando aporta el documento de los religiosos nicaragüenses sobre el terror impuesto en las provincias de Matagalpa y Zelaya, el incendio de aldeas por los gubernistas con el fin de combatir a los guerrilleros, las listas de desaparecidos establecidas por los sacerdotes capuchinos de la región, las torturas y las ejecuciones sumarias así como la directa intervención dentro de las iglesias y comunidades religiosas. Con la misma simplicidad y mansedumbre, explica Cardenal que hay dos iglesias, la de los pobres y la de los ricos, porque también la iglesia está atravesada por la lucha de clases, y que confía que la última habrá de desaparecer. En una visión jubilosa, recita su poema sobre la contemplación de las constelaciones y lee en ellas, más cristianamente que pitagóricamente, un destino de felicidad, de amor, de último progreso para la especie humana. Parecemos asistir a ese profetismo que modernamente encontró su fundamentación científica en las palabras de Teilhard de Chardin, que ve el mundo como una tarea magna destinada a lograr el advenimiento de Dios, para la cual contribuyen todos los hombres creando, si no al Dios mismo, al menos las circunstancias de su entronización en la Tierra. Este profetismo hará sonreír a muchos, pero en el actual panorama desolador del continente, responde a una necesidad del corazón de millones de marginados y oprimidos.

30/III/77